



Los minusválidos también estuvieron presentes en la manifestación ciudadana de la calle de Preciados el pasado junio.

Minusválidos y partidos políticos

HACE algunos meses apareció en una revista española un artículo en el que se proponía la creación de una "superasociación superpolítica", constituida por los minusválidos españoles: "el hombre de la silla de ruedas..., ese ciego al que usted ayuda para cruzar la calle..., el silicótico, el bronquítico, el enfisematoso..., los niños subnormales..."

El autor añadía: "Un programa político representativo de la población minusválida, un programa... con imaginación y sagacidad..., un programa dibujado sobre directrices concretas..., obtendría en el acto cuatro millones de firmas. O tres, por lo menos, ya que son millón y medio las familias españolas con minusválidos dentro".

La familia media española está constituida por 3,5 miembros, lo que, calculando el número de minusválidos en un millón y medio, arroja 5.250.000 personas afectadas por el problema directa o indirectamente (en su familia).

Si de esta cifra deducimos a los 750.000 subnormales que no pueden votar (pero no a sus parientes,

claro está), alcanzaremos la de 4.500.000 personas que votarían a favor de cualquier programa político que contara con cláusulas electorales concretas favorables a los minusválidos.

Y no incluimos en esta cifra de cuatro millones y medio de personas a los ancianos, que han de ser considerados —por sus achaques, dificultades motoras y sus problemas económicos—, por lo menos parcialmente, como lo que denominaríamos "minusválidos fisiológicos por la edad", cuyos problemas son muy parecidos a los que se plantean a los minusválidos propiamente dichos. No olvidemos que la población española de más de sesenta y cinco años es de unos tres millones de personas.

Ya ha aparecido un programa elaborado por el grupo de Minusválidos Unidos que enumera en líneas muy generales las necesidades más perentorias de los inválidos españoles. Decimos "en líneas muy generales" porque en España nos hallamos, infortunadamente, en los comienzos de la atención coherente, sistemática, a los mi-

nusválidos. No estamos aún al nivel de la Gran Bretaña, en una de cuyas últimas elecciones generales, laboristas y conservadores rivalizaron en sus programas introduciendo "items" dirigidos específicamente a los electores inválidos y a sus familiares: adecuación de los taxis londinenses para que pudieran ser utilizados fácilmente por aquéllos, etc. Programa, por lo tanto, este de los Minusválidos Unidos muy general, pero programa al fin.

Por otra parte, tanto en Madrid como en Barcelona —en nuestra capital, en el curso de la manifestación de las asociaciones de vecinos en la calle de Preciados— los minusválidos —con muletas, en sillas de ruedas— se pronunciaron —en pancartas y carteles con "slogans"— sobre sus necesidades más inmediatas. Se ha iniciado, pues —al fin—, el movimiento asociativo espontáneo de los interesados —sin introducciones paternalistas— en el terreno de las minusvalías.

Ahora bien: no creemos que haya que preconizar la creación de una especie de partido político —de "suprapartido" político, asociación

o sindicato— exclusivamente integrado por minusválidos, que no constituiría un partido político ni un sindicato, sino un grupo de presión.

En efecto, por lo que respecta al partido político o a la "asociación" —llámesele como se quiera—, por una parte, cinco millones de votos constituyen una cifra importante, pero no decisiva, y por otra —sobre todo—, existen en el país temas tan candentes como el de las minusvalías, que un auténtico partido tiene que encarar también.

En cuanto al sindicato, es cierto —el gran traumatólogo Bastos Anstart lo cita en sus memorias "De las guerras coloniales a la guerra civil"— que existió un "sindicato" de inválidos —creemos perteneciente a la CNT— antes del año 1936. Ahora bien: el sindicato reúne —no es necesario insistir en ello— a trabajadores de un mismo ramo profesional y no a trabajadores con ojos azules o con el pelo rubio, y minusválidos los hay, por el contrario, en todas las profesiones.

Resulta evidente, por lo tanto, que es necesario que todos los partidos que se creen incluyan en su programa —y cumplan lo prometido si triunfan— una serie de puntos relativos a los minusválidos. Las invalideces no constituyen el privilegio de ningún partido político, aunque ciertamente, hoy por hoy, es ya una verdad clásica en sociología que a un nivel económico más bajo corresponden una mayor facilidad para enfermar —viviendas insalubres, alimentación deficiente, cuidados con frecuencia tardíos—, una mayor gravedad de los cuadros clínicos y una mayor intensidad de las invalideces residuales, de las secuelas; esto es, un mayor y más grave número de minusválidos. Entre los partidarios de las "izquierdas" existen, por lo tanto, posibilidades estadísticas de que haya un mayor número de minusválidos que en los medios adinerados.

Pero, repetimos, la invalidez no es monopolio de ninguna clase social. Por ello, creemos que todos los partidos políticos existentes, o que se creen, que todas las coaliciones electorales, deben implicarse de modo consciente en un problema tan trascendental para tantos hombres y mujeres —para tantos "votantes", diríamos cínicamente aquí— de nuestro país.

El primer partido político que incorpore a su programa electoral un conjunto articulado y coherente de medidas dedicadas a minusválidos y ancianos se habrá apuntado, de partida, un tanto muy considerable. Creemos que los demás se verán obligados a seguir esta iniciativa, con lo que, de modo indirecto, el "país sano" alcanzará a captar la importancia del tema. ■ GONZALO MOYA.